

EL DESIERTO DE NEVADA

JAMES LAUGHLIN

¿Por qué no puedes recordar el desierto
de Nevada inundado de flores coloridas
esa vez que acampamos no muy lejos
de Tonopah ese abril hace ya tanto?
Fue muy poco después de conocernos
en San Francisco, y de enamorarnos.
Eras la hermana de George, la bella
hermana del bello poeta.
Así te conocí.
Seguramente que recuerdas
cómo ese desierto tan agreste
todo el resto del año, rocas
y arena gris, de pronto florecía
saludando a Perséfone en elogio
casi violento de la primavera,
un saludo que sólo duraría
unas semanas hasta que en el suelo
la humedad de la nieve se agotara.
Llevábamos la tienda que Rexroth nos prestó
y para la fogata recogíamos
cactus secos. De noche se escuchaba
un zureo delgado de palomas
por todos lados en la oscuridad,
pero al alba cesaban de quejarse.
Dijiste que te hacían pensar en las palomas
de Provenza cuando estuviste
ahí de niña, el *recoulement des*
Colombes que los trovadores
y sus damas habían escuchado
en los jardines del castillo, registrando
ese sonido en sus *cansos*.

Bajo las bolsas de dormir el suelo era duro, en las noches el desierto se congela, es tan frío que vivimos a veces que apretarnos en una bolsa, piel contra la piel, uno a otro enlazados. En la noche del desierto parece que brillaran las estrellas el doble que en cualquier otro lado; de espaldas, contemplando la inmensidad, tratamos de encontrar las constelaciones y recordar los nombres que les dieron los griegos en los mitos hace miles de años. Andrómeda y los Dióscuros, Casiopea, salvada por Perseo de la bestia del mar; Orión, gran cazador; las Pléyades, que dicen las estaciones en sus idas y venidas; Berenice y su hermosa cabellera que vive en las canciones; el león, el dragón y el cisne. Tu pueblo era el judío pero tu belleza era ática antes que fenicia, grandes ojos cafés, cabello negro, piel oliva. Cuánto te habrían adorado las muchachas de Lesbos, pero no eras de su especie. Tu cuerpo se describe en el *Cantar de los cantares*; ni un poquito ni menos que un poquito cambiarían sus proporciones si yo fuera escultor. El desierto sin nadie, yo te pedí que te tendieras al sol, desnuda, a cada rato cambiando de postura: eras una escultura en movimiento. Tú, señalada por Eros, qué muchacha digna de los misterios. Líquida cual la fuente Aretusa. Y eras divertida, atractiva, apasionada. Paseábamos, tomados de la mano, por el desierto interminable antes

de que quemara el sol. Recogí flores y tejí una guirnalda de colores para tu pelo. La doncella de Afrodita, *venerandam*. Te leí a la sombra, en la tienda, los sonetos deliciosos de amor de Louise Labé, que me impulsaron a hacer otra vez el amor, con el calor que hacía, el sudor resplandecía en nuestros cuerpos.

Manejamos un día hasta Tonopah, hoy ruina somnolienta del antiguo pueblo minero del demonio y sin ley donde antaño se ganaban y perdían fortunas en las mesas y los hombres mataban por el oro. No había un alma en las calles, pero en lo que queda aún del Gran Hotel California encontramos a un viejo cabeceando sobre la mesa verde de juego; lo despertamos y jugamos a los dados con dólares de plata por fichas. Nos quedamos en el desierto tres días, cuando habíamos agotado el agua que llevábamos en botes.

Cincuenta años pasaron y de nuevo estamos en contacto. Tú has tenido cuatro esposos, yo estoy en mi tercer matrimonio. Y sales con que no recuerdas cómo hicimos el amor en el desierto floreciente. ¿Cómo es posible? Para mí está tan fresco como si hubiera sido ayer. Te veo claramente, mi guirlanda en tu pelo. Somos dos viejos ya que cuidan sus dolencias. ¿Qué daño puede haber en el recuerdo? No podemos herirnos otra vez el uno al otro. <